

El caso CEA

NO ES FÁCIL COMENTAR ESTE LIBRO.¹ EL SUEÑO DEL colectivo del CEA —que, aparentemente, muchos de sus ex miembros, ahora dispersos en otras instituciones, aún mantienen vivo— también fue el mío. La revolución y el socialismo, bien fuera en Cuba o en cualquier otra parte, necesitaban a intelectuales orgánicos que pudieran expresar libremente sus ideas. Un breve intercambio entre los dos personajes principales en *Antes de la revolución*, filme de Bernardo Bertolucci que vi hace ya unos cuantos años, resume concisamente la función de esa soñada intelectualidad orgánica. El viejo maestro comunista le dice al joven burgués aspirante a revolucionario: «¿Es que no te das cuenta de que sólo se puede discutir a fondo entre los que estamos básicamente de acuerdo?» Hoy recuerdo la pregunta con nostalgia, por el sueño y por la joven universitaria que era yo entonces, pero sin ninguna ilusión de que el maestro tuviera razón, al menos en el sentido de que esa discusión a fondo se pueda dar realmente en base a la gama completa de opiniones dentro de ese marco común.

¿Hasta cuándo hay que esperar para que el socialismo (o lo que quede de él) produzca los espacios (un eufemismo ya que de lo que se trata es de un estado de derecho que garantice plenas libertades individuales) que permitan esa discusión a fondo? Ninguna experiencia histórica del socialismo real pudo ni ha podido crear y mantener esos espacios. Punto. Ese sueño —sin duda hermoso— siempre ha terminado convirtiéndose en pesadilla. Algunas pesadillas han sido realmente aterradoras como los juicios estalinistas de los años 30 y la revolución cultural china; otras se previnieron de esos extremos, entre ellas, la ofensiva que el Partido Comunista de Cuba (PCC) dirigió contra el Centro de Estudios sobre América entre abril y agosto de 1996. Pero las pesadillas, pesadillas son.

¹ Maurizio Giuliano, *El caso Cea: Intelectuales e inquisidores en Cuba. ¿Perestroika en la isla?* Ediciones Universal, Miami, 1998, 288 pp.

¿Qué fue el CEA? Una institución creada por el propio Partido Comunista en 1977 y que desde sus inicios reunió a valiosos científicos sociales que siempre desarrollaron su trabajo bajo el lema que rezaba en el cartel que uno de ellos tenía colgado en la puerta de su oficina: «Aquí está prohibido pensar que no se puede pensar». Los documentos recogidos en este valioso libro compilado por el joven cientista político Maurizio Giuliano constituyen un testimonio excepcional sobre el sistema político cubano. El balance político del quinquenio 1991-1995 hecho por el Consejo de Dirección del CEA en abril de 1996, después de haber recibido lo que resultó ser el golpe mortal del informe del Buró Político al Comité Central leído por el general Raúl Castro Ruz unas semanas antes,² narra una breve historia del centro que a cualquier intelectual del mundo occidental le parecería semi-kafkiana. No por el CEA en sí, claro está, sino por la intrincada red de controles impuesta por el PCC a la labor intelectual. Así es, simple y llanamente, en un sistema político de partido único y es triplemente admirable que el CEA haya logrado todo lo que logró intelectualmente a lo largo de casi veinte años en medio de tantas telarañas. No obstante, el control absoluto se tornó imposible. La producción científica y editorial del CEA era de tal cuantía que, en el transcurso de los 80, el entonces miembro del Buró Político Jorge Risquet lo eximió de presentar al Departamento Ideológico del Comité Central todos y cada uno de los artículos que se fueran a publicar y todas y cada una de las ponencias que se fueran a leer en un evento nacional o internacional para su previa aprobación o desaprobación. Esta relativa autonomía —la responsabilidad hasta la crisis de 1996 recayó sobre los hombros del Consejo Científico del propio CEA— fue considerada un fallo en los controles por la Comisión del PCC que dirigió la investigación de los ceístas.

En la década del 90, el colectivo del CEA se convirtió en uno de los centros principales de las ciencias sociales en la isla. La obra de sus investigadores, casi todos de primera línea, representaba la defensa más coherente posible del proyecto del socialismo cubano (frase de ellos) en medio de las nuevas realidades nacionales e internacionales nada propicias a ese proyecto. Alcanzaron un reconocimiento internacional que les significó un buen número de viajes (un problema muy serio, según la Comisión) y que supuestamente se basaba en que al CEA se le percibía como una alternativa al gobierno cubano. Según los comisionados, los ceístas pecaron de ingenuidad y pedantería. Fueron ingenuos porque creyeron que se podía caer bien en el extranjero y no ser cooptados para los fines de Washington y de todos los que quieren destruir a la revolución. Fueron pedantes porque se creyeron importantes, necesarios y, sobre todo, pensaron que podían prescindir del lenguaje oficial. José Ramón Balaguer, miembro del Buró Político y jefe de la Comisión, les recordó: «Fidel Castro es el hombre que admiramos y queremos y a través de él está

² Un fragmento del mismo se reprodujo en *Encuentro de la cultura cubana*, N° 1, Madrid, Verano de 1996, págs. 18-24.

el discurso oficial. No se comete ningún crimen académico si no hay distanciamiento del lenguaje oficial. El lenguaje oficial es el lenguaje de Fidel Castro» (p. 203).

Uno de los «errores» del Centro de Estudios sobre América fue llevar a cabo estudios sobre la Cuba contemporánea ya que, según la Comisión, este tema rebasaba los lineamientos de trabajo sentados por el PCC. Pero el plan de trabajo del CEA había sido siempre aprobado por el Comité Central y el mismo incluía los temas cubanos que nunca sobrepasaron el 30% del total de las investigaciones. El centro, además, siempre había recibido una evaluación positiva de parte de las instancias superiores del partido, la última firmada por el propio Balaguer en 1995. Esta contradicción entre lo valorado antes de 1996 y lo condenado después nunca quedó aclarada en 125 páginas de documentos. A lo largo de la actual década, el CEA estableció relaciones con otras instituciones cubanas fuera del mundo académico. Sabemos de al menos cinco: con el Poder Popular cuando las elecciones de 1992-1993 para precisar el concepto cubano de la democracia; con la Central de Trabajadores de Cuba para intercambiar ideas sobre las reformas económicas; con la oficina del vicepresidente Carlos Lage para la elaboración de propuestas sobre la economía; con el Ministerio de Relaciones Exteriores que se apoyaba en las investigaciones del CEA para la preparación de sus cuadros y en sus relaciones con la prensa internacional, y con los medios de comunicación que acudían al CEA como fuente de análisis e información. Fue la dimensión cubana la que realmente impulsó la destrucción del CEA.

En el exterior algunos han visto en esta purga una manifestación de la lucha interna en el Partido Comunista; el propio Giuliano en su ensayo introductorio a los documentos a veces juega con esa posibilidad. A mi juicio, esa apreciación es errónea. Las variadas y encontradas posiciones de los investigadores del CEA sobre la economía y el sistema político cubanos tuvieron una gran acogida, al menos como temas de discusión, entre los sectores profesionales, técnicos e intelectuales del país. Los ceístas intentaron funcionar como intelectuales orgánicos al proyecto del socialismo cubano en el nuevo contexto de los 90; sólo tenían el poder de sus ideas. Se enfrentaron al análisis de problemas muy peliagudos con ojos críticos (¿es que un intelectual puede tener otro tipo de ojos?), entre ellos, la legalización de la pequeña y mediana empresa nacional y el papel del Partido Comunista. Sus relaciones con el Poder Popular, la CTC, la oficina de Lage, el MINREX y los medios de comunicación fluían naturalmente de esa organicidad que buscaban. El CEA tenía poder simbólico y sobre todo prospectivo: el discurso oficial está irremediablemente en bancarota y si ese llamado proyecto de socialismo cubano tiene salvación, como algunos todavía sueñan, sólo la tendría por los senderos que caminaron los ceístas. El haberse atrevido a formular alternativas dentro del proyecto y el que otros dentro de ese mismo proyecto los escucharan destruyó al CEA. Pero, desafortunadamente, la corriente de pensamiento encarnada por el CEA, no ajena del todo para determinados sectores políticos, aún no tiene una corporeidad de poder real dentro de las estructuras del PCC.

En los años 60, en medio de la guerra en Vietnam, el senador William Fulbright acuñó una frase lapidaria que caracterizaba a la empecinada política de la administración Johnson en el sudeste asiático: la arrogancia del poder. Dos décadas después, Mikhail Gorbachev se refirió a la enquistada burocracia soviética en los mismos términos. Esa misma arrogancia se trasluce en casi todas las intervenciones de los miembros de la Comisión durante las reuniones con el colectivo del CEA. Lo cierto es que los ceístas fueron unos provocadores: no bajaron la cabeza, rindiéndose como mansas palomas cuando leyeron en el *Granma* el informe al Comité Central que prácticamente los tildaba de contrarrevolucionarios. Al contrario, en el primer balance político que le sometieron a los *apparatchiki* registraron su protesta: «Discrepamos con el método empleado de enjuiciar públicamente a un colectivo de trabajadores y militantes con los cuales no se ha producido discusión alguna, a los que no se les ha informado previamente de tales criterios y a quienes no se le ha dado la oportunidad de expresarse» (p. 154). Rolando Alfonso, jefe del Departamento Ideológico del Comité Central, les reprochó la osadía: «No veo en el documento ni un sólo análisis autocrítico, tal pareciera que este centro es un dechado de virtudes y lo que ustedes hacen en el documento es contestar la valoración que sobre ustedes hizo el Partido y no cumplieron el mandato de que se hiciera un análisis autocrítico» (p. 179). La conclusión de esa primera reunión fue exigirle al CEA un nuevo balance político y así se hizo pero aún sin la nota de sumisión que demandaba la Comisión. «Tenemos el criterio de que el CEA se ha sobrevalorado mucho», dijo Balaguer en sus palabras finales. En breve, los ceístas nunca aceptaron el juicio que sobre ellos había emitido la alta dirigencia del país: el colectivo se mantuvo incólume frente al poder que los agredió.

El Caso CEA abarca sólo una parte del proceso contra el Centro de Estudios sobre América y la conocemos gracias a que Giuliano, de alguna manera, obtuvo los documentos. Independientemente de cómo estos materiales llegaron a sus manos, el que se hayan publicado es una contribución inestimable a la verdad. La recopilación no contiene toda la historia pero nos abre la puerta para acercarnos a ella y prepara el terreno para que algún día el colectivo nos la complete. Por el momento, no se cumplió el mezquino designio de Darío Machado (nombrado director del CEA al comienzo de la crisis y miembro a su vez de la comisión partidista) de destruir todo el récord de las sesiones. ¿Puede haber mejor evidencia de esa arrogancia del poder? Afortunadamente, se interpusieron otros designios que nos proporcionaron esta mirada dolorosa pero necesaria a la pesadilla vivida por el Centro de Estudios sobre América.